Idilio de un Diletante

miguel perez

Image not found.

Capítulo 1

Línea a línea, instante a instante voy avanzando y estando más lejos de la estrella que nunca quise, mientras me hipnotizo con el marcado de la ruta como lo hacemos todos e intercalando con el sin fin de árboles que es otra costumbre del viajante, en afán de acompañar nuestras meditaciones de algo, algo que nunca les alcanza para lograr un proclive espíritu que se decida de una vez por eso que nos atormenta y nunca nos da ese silencio, no obstante mi suerte, hoy, es distinta. Yo ya tomé la decisión antes de subir a este colectivo, así, sin mas plata que para la ida, ya no encuentro forma de arrepentirme y sonrío, muy confiado y más liberado de lo que jamás estuve. Soy más feliz en mi arrinconada situación como jamás me lo permití ser. Entre los palpitares de mi emoción, el sueño logra llegar, en un momento que siempre es imposible de determinar.

Cuando me despiertan el viaje ya está hecho, puedo poner los pies sobre esa tierra que me confina mis pasos y libera mi alma. Me siento bendito y aterrado, aun así trato de desfrutar siempre de lo primero. Camino al ritmo de una sinfonía de nuevos colores, en una envolvente comparsa de floreados sonidos, al son de mi corazón dilatado de alegría y temeroso por elección propia. Los anfitriones de esta tierra (que sé que estoy idealizando) me maravillan uno atrás del otro, solo recuerdo a los que más resaltaron por una que otra cosa y resumo en detalle al último que se encuentra frente a mí, para luego pasar al que sigue, en fin, no me alcanza la memoria. Todos llenos de color y sonido, cada uno con su propia canción, con un caminar hacia el ocaso que los inmortaliza en cuadros. En algún lugar tan propicio como cualquier otro, tomo a mi compañera para tocarla y darnos melodía para nuestro cantar, después bailo con ella, con el compás que ya se formado en una nueva canción, deliro con ella mientras nos describo juntos compartiendo todas las evocaciones de nuestro arte, que no es mas que el del amor. Termina la serenata y los personajes nos llaman a otra, mas que una respuesta es un camino que debo seguir, porque no veo otro. Somos invitados en su velada, una de miles, como todas esta será otra única, en un infinito de granos de arena, que si quieren pueden ser estrellas del firmamento. Formamos parte de la danza junto con otras bellas parejas y grupos de ilustres espíritus, que se unieron para acariciar la perfección de la luz que da el chispazo de las almas, que se predicen en sus valses e improvisan en sus canciones, notas muy lejanas a las pactadas. La fiesta dura hasta la madrugada.

Mi compañera y yo nos apartamos para desde alguna colina ideal e impensada, ver un atardecer. Uno que en sus inicios solo te calienta la

mirada con su incipiente luz que se asoma sobre un par de cerros, pero que en minutos empieza crecer hasta estar presente en toda la anchura del horizonte, colosal y dador de temor. Pareciera venir por nosotros, también da calor y a este le compite la brisa matinal en la que vienen gotas minúsculas de rocío que refrescar mi rostro, cierro los ojos para disfrutar mejor de la calidez y la frescura de esa mañana contradictoria. La luz me da de lleno en la cara y el rocío me empapa los pómulos. En esa oscuridad confiada, por primera vez, se me hace presente el sueño. Mi muy humano cuerpo acepta ceder, mi alma también lo hace y en una paz que solo se logra en el escenario en el que me encuentro, y con la ansiedad mas sobria, me entrego de lleno al letargo e inconciencia de mis sueños.

Un freno de golpe me hace golpearme contra la ventanilla, eso me despierta y me pone de nuevo en la realidad. Que será esto de los sueños y la realidad, que uno no puede distinguir bien por cual camino va. La amargura me dice que esta es la realidad y que el sueño llego a su final, también ya ha concluido el viaje y debo bajar a mi destino, pero este no es un destino de metafora ni figurativo, solo es el final del destino de mi pasaje. Tomo a mi guitarra y me voy por la senda que lleva a mi casa y pienso en vender a mi compañera talvez ese sea el fruto más útil que me devolverá.